

Añadido a la lectura del mito cristiano desde el psicoanálisis lacaniano

Uso de la clínica de cadenas-nudo para el abordaje del goce femenino

Comenté el otro día, en el espacio compartido con Montserrat Rodriguez Garzo y Vicente Montero Sierra en la asociación Apertura de Barcelona, dentro de la presentación de recopilación sobre las tres personalidades psicóticas presentadas en sesiones anteriores, lo que hay más allá del mito cristiano del dios padre y trino y otros aspectos relacionados. Lo hice suponiendo que en el mito se reduce a tres dimensiones lo que tiene como mínimo cuatro y que además supone un aplastamiento a un plano de la cadena-nudo del sinthoma del padre del nombre simbólico.

A la muerte de Jesús, la rotura del velo del templo ocurre porque la muerte del hombre, en una cruz, símbolo y por tanto ya un triskel, lo convierte en un significante: el Falo que aparentemente ofrece la vida ahí donde el cuerpo es mortal. Es una de sus funciones: representar el flujo vital a través de las generaciones, nos indica Lacan. Muerte que

debe ser ejecutada realmente en el mito y por tanto es en la muerte donde se alcanza la vida eterna. Eso es el Cristo encima del ataúd en los entierros cristianos. Sacarlo del nivel de signo y mantenerlo a nivel del significante nos explica que en el mito cristiano termina de cerrar al Otro de dios con el significante fálico (el hijo). Pero que ya el Cristo no es lo mismo que el hijo del judaísmo. Hasta ese momento todo era significado por la voluntad de dios. Un dios más cerca de la palabra directa, pero cuyo goce también es insondable y directo. Un dios que pide sacrificios incluso de los hijos.

Ahora, en el cristianismo, es un dios que habla, no directamente como es el caso de la zarza, por persona interpuesta y que se hace representar por el Cristo del que hay significante concreto. A partir de ahí el mito cristiano es el sacrificio del hijo: sea en las guerras sea en lo que sea. Freud es más caritativo y es al supuesto padre (incluido en el Otro, diríamos primero) al que hay que matar-sacrificar. Es porque la reforma en la Iglesia cuestiona en parte ese mito por lo que los niños pasan en el siglo XVII a ser algo valioso y protegible, cosa que en la edad media no eran; los niños era lo que se ofrecía.

Pero en el mito cristiano aparece un dato más. Cuando ocurre el paso de hombre a signo, significante para nosotros, el velo del templo se rasga. Nos preguntamos ahora por la mujer o por la hija, no en su posición de madre, nos preguntamos por la fémica

tan ausente en la mitología cristiana. Hasta el momento, el mito no la contempla más que como reproductora u objeto de deseo, goce y amor, pero nunca como sujeto (dividido o no).

Ellas no existen, cosa que Lacan remachará más tarde, pero no sólo como sujeto dividido sino como *Lá*. Lo que Montero denominó la doble inexistencia de la mujer. ¿Eso implica que el significante interpuesto no les aplica como cierre, transmisor y regulador de goce? Sabemos que sí. La cuestión es cómo.

¿Qué hay detrás del velo? Pues nada simbólico existente. Es lo que Caifás, y todas las religiones en general protegen. La ausencia que hay detrás de todas las construcciones de la realidad efectuadas con semblantes, sean éstas fantasmáticas o no.

Si el varón puede encarnar el goce de dicho significante en un órgano, lo que no le trae más que complicaciones, eso le permite sacar en parte el goce del Otro de su cuerpo. El cuerpo en el que el Otro quiere realizar su goce. Sabemos que el goce es amboceptivo, de ahí que también el varón quiere realizar el suyo sobre un cuerpo que simbolice al del Otro. Cuerpo que habitualmente es el de una mujer. El lado hombre

separa o diferencia el goce fálico encarnado en el cuerpo del goce a-sexuado con más facilidad.

Pero el lado mujer no puede partir tan fácilmente ese goce que se le viene encima y es por ello cuando Lacan indica que el goce femenino es el que está envuelto en su propia contigüidad. La contigüidad es una categoría muy precisa en topología de cadenas significantes. Viene a decir que si se establecen dos aplicaciones (función) entre dos espacios triangularizados¹ de goce, por ejemplo el cuerpo del sujeto y el del Otro, las dos o más aplicaciones envían los triángulos, lados y puntos al otro espacio al lado de los mismos de los que partían. Una vez más, lo que está muy, muy próximo va a lo que está muy próximo, sólo que ahora ya en topología de cadenas y no de conjuntos. Una especie de continuidad de las triangularizaciones. Lo que quiere decir que entre el cuerpo de sujeto y el del Otro no hay ninguna diferencia y por tanto no hay diferencia alguna en el goce de uno y el Otro.

¹ Es decir, ya marcado el organismo por el significante, marcado que constituye lo que denominamos cuerpo de goce.

Por eso para el lado mujer el Fallo es el significante, que al marcar la diferencia radical le permite rasgar su goce y separar su cuerpo de goce del cuerpo de goce del Otro. Eso es lo que mitifica el rasgado del velo. Y por eso el rito de la desfloración quiere realizar esa rasgadura. Por eso el penisneid es su roca. Será su "estar" en el Fallo, decimos nosotros, lo que permite esa rasgadura. De ahí que el templo, en el fondo, ocultaba la inexistencia de la mujer pero "guardaba" su goce cerrado indiferenciado del del Otro por el velo. Por eso la elevación a Fallo hace que ella pueda rasgar su goce corporal y no padecer fibromialgia.

Seguramente esta patología aparece cuando la fórmula del goce "no-existe goce que no sea fálico" ha fallado en el sentido que le damos nosotros. No ha fallado la fórmula clásica equivalente a "todo goce es fálico" de la fase fálica de Freud, sino que es una fórmula diferente de la negación clásica de la función fálica y la existencia, que en el caso clásico enviaría a otro significante. En psicoanálisis de la misma manera que sólo hay Unos, como unidad, no hay doses como unidad, es decir, no hay otro significante-unidad distinto del Uno, tampoco hay una segunda función equivalente de la fálica para el otro sexo. Como mucho podemos contar los unos, cosa que Lacan sitúa mediante los subíndices y como mucho podemos cuantificar la función fálica.

Nuestra escritura de la fórmula, siguiendo radicalmente las tesis lacanianas, envía al goce fuera del significante. Creemos que es más congruente y respetuosa con la lacaniana al introducir el objeto @. La escribimos así:

Aclaremos de momento que $\widetilde{\Phi}x = \overline{\Phi}x y @ = \overline{\Phi}x \wedge @$

Esta operación de negación no da paso a lo real, desde lo simbólico, sino que se mantiene dentro de una representación: "la que hace signo"

Pongamos nuestra fórmula completa : $\widetilde{\exists}x \widetilde{\Phi}x$

La negación especial de la existencia hace referencia a esa doble inexistencia de la mujer. No hay existencia alguna en lo no-fálico pues no hay otro significante-unidad. El Falo, aunque no sea un S_1 como precipitadamente algunos millerianos² plantean (es decir es una unidad distinta), no tiene tampoco su "dos". El Falo como unidad especial obliga a que seas con un solo significante con el que hay que hacer la significación-denotación del goce en los dos lados y por eso la estricta necesidad de la modalización

² No sabemos si el propio Miller se ha enredado ahí también.

lacaniana y bermejiana. Si sólo nos mantenemos en las fórmulas aristotélicas, que Lacan no usa sino que modifica, no entenderemos el reparto del goce en tres: fálico, a-sexuado y goce Otro. Si hay goce a-sexuado ya algo queda fuera del cuerpo propio y está en el del Otro³. Ya no está el goce envuelto en su propia contigüedad en el caso de la posición de goce mujer.

Por contra, un acceso de goce a lo imaginario lo ofrece el nuevo cuantificador $\widehat{\forall}$ que también supone una diferencia con el cuantificador negado de Aristóteles. Para el acceso a lo real no hay cuantificador y se debe efectuar desde toda la lógica un rayado que podría ser el Ruisselement, aunque nos reservamos la opinión final. Pero lo que sí sabemos es que hay otra unidad distinta de la del Uno y la del Fallo⁴, la unidad $S(\mathbb{A})$. Es con esta "unidad" como el lado mujer alcanza lo real o al menos goza de esa unidad. El lado hombre lo alcanza igual pero no goza de él en absoluto. Ésta es la diferencia, por eso su roca es la castración consustancial al Fallo. Un exceso de goce de esa unidad es lo que produce el estrago materno.

³ Salida del autoerotismo en Freud.

⁴ El Fallo podríamos definirlo como la unidad irracional frente al Uno que es la unidad racional.

Carlos Bermejo Mozas

Barcelona 7 de Febrero de 2017